digo que lo que afirma su padre puede ser verdad... y que de hecho lo es. Porque los muertos queridos nos acompañan.

—¿Pero cómo es posible?

—Pues lo es, querida. ¿Le agradaría que fuese verdad?

—Eso sí.

—Entonces ¿por qué no procura cerciorarse?

—¿Y cómo?

—Leyendo lo que hay escrito sobre el particular que es mucho y bueno.

—No lo sabía, ni aún lo sospechaba. Si no, ya hubiera leído, ciertamente.

—Miren ustedes—dijo el enfermo—mi hija nunca ha querido creer que veo a su madre, como es la verdad, y como la veo ahora mismo al lado de usted (y señalaba a D. Juan), que sigue con la mano en su hombro y se sonríe. Afirmo que la veo tal como ella era, con su misma cara y expresión, unas veces triste, otras contenta, como ahora que se muestra contentísima.

—Nosotros creemos a usted cuanto nos está diciendo—advirtió D. Juan—porque somos espiritistas convencidos por lo cual han puesto a mi rebotica el mote de «Redoma del Brujo» y han tratado de hacernos daño los que ven un enemigo en el Espiritismo, o sean los materialistas y los ignorantes. Pero nosotros continuamos con fe nuestros estudios, aún sin haber logrado nada todavía, y ahora que usted nos dice en serio que ve a su esposa, voy a permitirme rogarle encarecidamente que nos ayude—y Dios se lo pagará—a hacer alguna prueba.

—Dispuesto estoy ahora mismo, y no sólo por complacerles, sino porque ella me lo está ordenando con señas de cabeza.

—Pregúntele, le suplico, si le es grata nuestra presencia en su casa.

—Dice que sí.

—Si debemos proseguir nuestros estudios del Más-Allá.

—Que sí, también.

—Si usted y su hija deben aceptar nuestra sincera protección.

—Que sí, que sí; y se alegra mucho.

—Si Vd. y su hija deben pasar a vivir en mi casa para que ella pueda mejor atender a usted.

—Que sí... Y en este momento le pone a usted una florecilla en la solapa.

...Todos miraron. D. Juan tenía prendida una violeta en el ojal de la americana. La sorpresa fué enorme... D. Juan se quitó cuidadosamente la flor y la entregó a Esperanza diciéndole con dulzura:

—Ahora creerá usted que los muertos viven y están con nosotros. Bien puede estar segura de que su madre vela por ustedes.

...La ternura se apoderó de todos. Esperanza no pudo contener sus lágrimas, y lloraba sobre la violeta. Su padre la habló cariñosamente diciéndole que casi todos los días veía a la madre, que frecuentemente le notaba esfuerzos para hablar, y que a él no se le había ocurrido nunca interrogarla en la forma que se había hecho esta vez.

D. Juan, por su parte, le añadió:

—Esperanza: a una madre que vuelve no se la ha de recibir con llanto, sinó con alegría. Serénese, que de hoy en adelante vivirá con ella. Basta de lágrimas; no sea que ella se abstenga de presentarse por no hacerla padecer.

—Eso le ocurre—dijo el enfermo—porque nunca me dió crédito cuando yo le afirmaba lo que veía.

Todos se estrecharon las manos. Esperanza les acompañó hasta la escalera y les dijo adiós con íntima alegría y pura sonrisa. Luego corrió junto a su padre que la estrechó cuanto pudo contra su pecho, diciéndole:

—No dudes, hija, que es tu madre quien ha traído aquí a estos señores. El contento que manifestaba en el rostro me lo ha revelado claramente.

Esperanza guardaba silencio, y su padre le preguntó: ¿Qué tienes, hija?

—Nada... Es el asombro de lo que nos ha ocurrido.

—Lo comprendo. Porque nunca diste crédito a lo que yo te aseguraba... Pero acaso fué mejor así... Acaso es ahora cuando los hechos pueden convencerte sin daño. Acaso antes no podrías haberlos presenciado con la serenidad que hoy manifestaste.

—Sí, sí... Yo no sabía nada de lo que ahora empiezo a comprender o sospechar... Pero bien, padre, voy a preparar la cena: ¿Qué se le antoja para festejar lo acontecido?

—Sólo se me antoja que mientras vas a la calle por lo que quieras—porque hoy realmente debemos festejar lo acontecido en esta pobre alcoba—me dejes esa violeta, que era la flor preferida de tu madre. ¡Cuántas veces, en su tiempo, me las traía a casa, o me las colocaba en el carrito donde yo iba contigo, que aún no andabas!

—Padre, tenga la violeta... Ahora salgo a la compra; y luego, mientras hago la cena, usted me hablará desde aquí contándome cosas de mamá de cuando yo no andaba todavía.

—Sí te contaré, hija mía. Porque ahora mis recuerdos tienen todos color de rosa.

...Regresó Esperanza: charlaron largamente; ce-

naron contentos; y el sueño les halló felices y confiados en el porvenir.

Y a D. Juan y sus amigos los halló tranquilos de conciencia y en clara serenidad de espíritu.

IV

Al día siguiente se hallaban instalados padre e hija en la casa de D. Juan, en una parte de ella que éste no usaba, efectivamente, hacía mucho.

El enfermo fué instalado en una amplia sala, para poder recibir, cuando su salud se lo consintiese, a los contertulios de la «Redoma». Colocaron allí una mesa grande con sillas y sillones. Esperanza había completado el arreglo: un retrato de la madre en lugar preferente, varias bombillas eléctricas convenientemente distribuídas, etc.

A la tardecita ningún contertulio se hizo esperar; todos se juntaron puntualmente en la rebotica. Don Juan les expuso la idea de pasar a la habitación del enfermo como nuevo lugar habitual de las sesiones. La idea fué aceptada en el acto, claro está. D. Juan dió instrucciones a sus dependientes para que pudiesen despachar sín su material presencia. Y todos se dirigieron al lugar donde Esperanza y su padre les esperaban.

Se cruzaron afectuosos saludos, expresiones recíprocas de satisfacción. Y D. Juan advirtió al emfermo:

—Vamos a continuar aquí nuestras sesiones habituales. Mas le rogamos que tan pronto como sienta la menor incomodidad nos avise para volvernos al lugar hasta hoy acostumbrado.

—No se dará el caso, señores. Recibo como un obsequio más esta determinación de ustedes, que vie-

—Sí, hija mía... Es que yo, apartado del mundo hace tantos años, tengo que vivir de recuerdos que viven en mí y que a veces me parecen justificar mis males.

—Padre, no conozco el mundo porque apenas salgo de casa. Pero el mundo habrá mejorado. Porque la primera vez que me ví sola entre estos señores, que fué ayer, no recibí más que atenciones, y la segunda, que fué hoy, se brindaron a venir a esta casa para saludar a usted, y han venido antes de lo que pensaban, porque usted no me creyó y yo comprendí porqué no me creía.

—Gracias, hija. Dios me paga con creces el cariño que te tengo, y te paga el que me tienes con la confesión que hago de mi sospecha injusta, de la cual te pido perdón lo más sinceramente que un padre lo haya pedido a su hija.

—¿Qué es lo que ha de perdonarse, si usted ha cumplido con su deber? La culpa fué mía por no consentir en el acto que estos señores vinieran a nuestra casa... Pero estoy contenta, porque a usted le pasa ahora lo mismo que a mí antes: que no se atreve a devolverles los billetes.

—¡Oh! Se los acepto con toda el alma... Porque ya moriría tranquilo, seguro de que no padecerás necesidad ni peligro. Me lo está diciendo tu madre.

—¿Quién?—preguntó vivamente D. Juan.

—Mi santa esposa, caballero, que está a su lado en este momento y tiene puesta una mano en su hombro.

—¿Cómo, cómo--?insistió D. Juan con admiración.

—No hagan caso, señores—dijo Esperanza—. Mi padre tiene la manía de ver a mamá. El médico me ha dicho que es un efecto de su debilidad nerviosa.

—Eso dice el médico—repuso D. Juan—más yo

Siempre me contestó trayéndome un pocillo de tila.

—Porque así me lo había ordenado el médico—contestó Esperanza.

—Bien lo sé, hija mía, y no te culpo. Pero si no vienen hoy a casa estos señores—que quizá ella los trajo—hubiéramos quedado sin comunicarnos con ella. Ahora comprendo por qué mostraba disgusto muchas veces y por qué hoy en cambio se manifiesta contentísima... Dígame, caballero,—agregó dirigiéndose a D. Juan—¿conoció usted a mi esposa?

—No puedo decirle. Hágase cargo de que no la he visto.

—Mira, Esperanza: enséñale el retrato.

Esperanza salió de la alcoba y a poco volvió con el retrato, que presentó a D. Juan. D. Juan lo examinó con gran atención y dijo después:

—Creo que no la he visto nunca.

—¡Es raro!—exclamó el enfermo—Se acercaba a usted como si le conociera mucho.

—Pues afirmo no haberla visto nunca... Pero ya iremos entendiendo este otro misterio. En mi casa, cerca ustedes de nosotros, confío en que hemos de penetrar un poco en ese Más-Allá que sólo se deja ir conociendo a costa de estudio y esfuerzo. Yo admiro a esos hombres de valer, y de valor, que han arrostrado la mofa de ignorantes, materialistas y clero, por dar testimonio honrado y riguroso de los hechos que estudiaron. Presiento que la mofa se trocará en respeto y en persuasión, y que el Espiritismo nos elevará y mejorará a todos en plazo no lejano. Y perdóneme esta expansión de mi alma, ocasionada por el extraordinario fenómeno que hemos presenciado poco há.

Todos dieron muestra de asentir... Todos menos



Esperanza, que miraba absorta e inmóvil a su protector.

D. Juan inició frases de despedida, diciendo al enfermo y su hija que al día siguiente a buena hora volvería con un coche a buscarles, para conducirles a su nueva casa e instalarles en ella.

Esperanza se resistía a tal idea — Seríamos muy pesada molestia, dijo.

—Nó, Esperanza,—acentuó D. Juan — dispongo de una casa muy grande, desocupada en su mayor parte, donde pueden ustedes habitar con holgura y libertad. Y por otro lado, mi «redoma» da con exceso para los gastos que ustedes ocasionen y algunos más, y yo no quiero acumular riqueza, sino emplearla bien.

—Es usted muy bueno—dijo el enfermo—y yo estoy dispuesto a obedecer a mi esposa, que me ha dicho que aceptemos. Hija mía, complace a este señor y a tu madre.

—Bien, padre: ya no pongo objeción: ya mi voluntad es la de usted, de mi madre y de este señor.

--No sabes, hija mía, el gozo con que te escucho... Te has sacrificado por mí igual que aquella otra santa que sonriente cuidaba en casa a su pobre encamado, y sonriente tiraba por su carrito en la calle... ¡Cómo no he de obedecerla, si me manda aliviar tu sacrificio! ¡Y cómo no he de gozar viendo que tú la obedeces también!

...D. Juan se colocó entre padre e hija, e imponiendo cada mano sobre la cabeza de cada uno les dijo con gran emoción:

—La misericordia de Dios siempre llega a tiempo; y las almas buenas tienen su premio en el momento que conviene... Me despido de ustedes hasta mañana a las ocho, que vendré a buscarles.

ne a llenar ansias y aspiraciones mías... Bien saben que no puedo dudar del Más-Allá, porque he visto cien veces a mi difunta esposa; y lo ocurrido ayer a nadie podría dejar dudas. Y es para mí una necesidad el ver y el saber más acerca de ella.

D. Juan invitó a sus amigos a sentarse a la mesa por el mismo orden que lo hacían en la rebotica; y una vez hecho así, rogó a D. Manuel que principiase la sesión pronunciando la conferencia de turno que le tocaba.

D. Manuel comenzó seguidamente:

—«Ante todo, reciban los dos nuevos contertulios el testimonio de mi cariñoso afecto, que es el mismo —estoy bien seguro—de mis viejos amigos de la rebotica. Y les ruego de corazón que nos consideren como hermanos.

Y ahora pronunciaré dos palabras de conferencia.

Los fenómenos que queremos estudiar proceden del espíritu: la materia sólo sirve en ellos de medio para su manifestación. Obedecen a leyes, claro está: pero leyes del espíritu y nó de lo que se pesa y mide.

Esos fenómenos, al menos los más preciados de ellos, rara vez ocurren entre personas de bajo nivel moral. Los espíritus elevados son naturalmente atraídos por analogías de sentir; y se manifiestan de ordinario en tertulias o concursos de personas de sentires finos y delicados, no groseros.

Son fenómenos variadísimos y de mil clases, desde los llamados *físicos*, de ruidos, golpes, luces, movimiento, aparición o desaparición de objetos, etc. hasta los llamados *intelectuales*, en que se explica doctrina y se expone ciencia, filosofía o moral en comunicaciones escritas o habladas. Naturalmente, estos últimos son los más preciados; y el mayor asombro es ver a un hombre, una mujer o un niño hablan-